CAPITULO PRIMERO

ESTADO DE LA IGLESIA DE FRANCIA AL NACIMIENTO DE LA BIENAVENTURADA MARGARITA MARÍA

(1647)

Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.
Permanece con nosotros, Señor, porque se hace tarde y la noche se cierra.

(S. Luc., XXIV, 29.)

En 1647, el año mismo en que la Bienaventurada Margarita María nació en Vesrovres, pueblecillo de Borgoña situado á siete leguas de Paray, la Francia católica acababa de obtener una gran victoria. Había empleado los últimos años del siglo XVI en arrojar de su seno el cisma y la herejía, y, libre ya de tan funesta levadura, entraba en el siglo XVII.

Profunda era la alegría que reinaba entre los verdaderos cristianos, porque quizá nunca había corrido la Francia un peligro más formidable. Con su dogma de la independencia absoluta de la razón, con su desprecio de la autoridad y su odio por toda jerarquía, el protestantismo venía á lisonjear á una nación amante de la igualdad, á una nación tan viva que se cansa bien presto de la autoridad, de que tanta necesidad tiene. Por otra

parte, entregada á la molicie y á la corrupción bajo los reinados de Francisco I, Enrique II, Carlos IX y Enrique III, habíanla preparado suficientemente las malas costumbres para aceptar doctrinas menguadas. Vaciló un instante: y la herejía, que había seducido á una parte de la alta nobleza, encuéntrase un día en las gradas del trono. Había sonado una de esas horas solemnes en que se decide del porvenir de un mundo. Suponed, en efecto, que después de la defección de la Inglaterra, de una parte de la Alemania, de la Prusia, de la Suecia, de la Noruega y de la Suiza. hubiera venido la defección de la Francia: humanamente hablando, esto hubiera sido el fin de la Iglesia católica en Europa.

Felizmente, si bajo algunos aspectos el protestantismo ejercía un poderoso atractivo sobre la Francia, por otros le inspiraba una repugnancia invencible. La Francia es una nación profundamente religiosa; pero lo es por el corazón más que por el espíritu. En religión, como en las demás cosas, tiene ella su natural vivo y ardiente; tiene necesidad de ser arrastrada más bien que convencida; y en el amor que da no concibe más límites que los que pone al amor que exige en cambio. ¡Bajo este aspecto el protestantismo era radicalmente incapaz de satisfacerla.

El protestantismo no es una religión original. No ha nacido del viejo tronco del Evangelio como un desarrollo y un progreso; por el contrario, se ha establecido de una manera opuesta, cortando y cercenando. Pero lo que suprimía era precisamente lo que había encantado á la Francia, lo que la había adherido desde luego, por completo y para siempre á la fe católica.

El primer dogma del protestantismo, ó mejor dicho, su primer corte, es que Jesucristo no ha encarnado por todos los hombres. No ha sufrido ni muerto sino por algunos, porque su corazón no ha sido bastante grande para abrazar á la humanidad entera.

El segundo dogma del protestantismo es que en ese mismo círculo estrecho de predestinados la misericordia de Jesucristo tiene límites. No perdona los pecados, ni remite las deudas. No se puede llorar á sus pies la desgracia de haberle ofendido, y con los ojos llenos de lágrimas levantarse con la certidumbre de que el amor de Jesús lo ha consumido, purificado y olvidado todo.

El tercer dogma del protestantismo es que Nuestro Señor no permanece entre nosotros en la sagrada Eucaristía. Según los luteranos, El pasa como un relámpago; según los calvinistas no está allí para nada. Ni unos ni otros han creído á Dios demasiado amante para cifrar sus delicias en habitar con los hijos de los hombres.

Es decir, que considerado en su dogma, y por lo que hace á Dios, el protestantismo no es sino un don y un amor á medias. ¿Cómo entonces habría podido agradar á una nación en la que el corazón predomina; movida por sentimientos más que por principios, y además incomparable en la vivacidad de esos sentimientos; creyente ó impía, virtuosa ó depravada, pero nunca nada á medias y siempre extremada en el bien ó en el mal, según el amor que la domina?

Las consecuencias del protestantismo eran, por otra parte dignas de sus principios. Cuando no se admite en Dios sino un amor á medias, ¿cómo pedir al hombre un amor total? En efecto; apenas Lutero y Calvino formaban su doctrina cuando se ve que todos los grandes sa-

crificios cesan como un viento que se aplaca; los santos entusiasmos se extinguen; ya no hay vírgenes ni apóstoles, ni almas que lo desprecien todo por Dios. Al transporte que produce las maravillas sucede la honradez que se limita á evitar las faltas. Pero bien pronto es preciso disfrazar esta esterilidad. Se desprecia todo lo que no puede alcanzarse. Prohíbense los votos, se suprime la virginidad, la penitencia. Por temor de que el hombre sobrepuje á Dios en los actos de amor, se los prohibe.

Esto fué en Francia el golpe de gracia del protestantismo. ¿Qué, no tendremos ya vírgenes? ¿No podremos ya dar á Dios apóstoles? ¿Se nos prohibiría el sacrificio voluntario, la pasión y la locura en el amor? ¿Qué, no habría ya tabernáculos en nuestras Iglesias? ¿El Cristo Hijo de Dios vivo se iría de ellos, y de él no habría de quedarnos sino un pálido recuerdo perdido en el lejano horizonte de las edades? La Francia se sintió atacada en sus instituciones reliogiosas más profundas, y rechazó el protestantismo como un sueño espantoso.

Juntáronse otras razones á estas, razones políticas y nacionales. Por circunstancias en que no puede menos que verse la mano de Dios, la Francia debe considerarse como la primogénita de todas las naciones católicas; y en virtud de circunstancias más maravillosas todavía, se ha encontrado desde la cuna dotada de un genio tan parecido bajo ciertos aspectos al de la Iglesia, que desde el primer día la unión ha sido completa. El tiempo, que destruye lo que es facticio, no ha hecho sino confirmar y desarrollar esas armonías. Todas las grandes expediciones de la Francia han tenido un carácter religioso á la vez que nacional. Sus más grandes hombres, Clovis, Carlo-Magno, San Luis, ostentan en sus augustas frentes una doble corona. Son tan célebres en la historia de la Iglesia, como en la de Francia. Las únicas horas en que nuestra fortuna ha parecido decaer son aquellas en que parecía que tratábamos de separarnos de Dios. Nuestras épocas gloriosas, por el contrario, son contemporáneas de nuestros grandes servicios prestados á la Iglesia. Así es como se ha formado poco á poco en todos los espíritus la idea de que éramos una raza privilegiada, una especie de sacerdocio real encargado de proteger, de defender, y hacer respetar la verdad, la justicia y la virtud en este mundo. Pero el protestantismo venía á hacernos descender de este único rango. Aquella misión que creemos haber recibido en Tolbiac; aquel título de hijos primogénitos de la Iglesia que el Pontificado reconocido nos había decretado; aquella fisonomía original de la nación, la más católica y más libre, la más devota é independiente, donde se encuentran á la vez el soldado, el apóstol y la hermana de la caridad; aquella guardia, en fin, que por espacio de doce siglos dimos á la puerta de Roma, iba á desaparecer, porque era preciso renunciar á todo esto. ¡Era preciso volver á la vaina la espada de Carlo-Magno! La Francia tembló al pensar en ello y con el ardor que la caracteriza se replegó en la religión de sus antepasados.

No creo que haya habido en nuestra historia una emoción más apremiante, más universal que la que se apoderó de la Francia en 1589, á la muerte de Enrique III. No tenía hijos, y su único heredero era un hugonote. He tenido á la mano una multitud de manuscritos del siglo XVI; deliberaciones de parlamento; actas de munici-

pios; memorias íntimas que no estaban destinadas á la publicidad; y á fe mía que no me sería dable decir todo lo que hay en esas páginas de consternación, de estupor, al solo pensamiento de un rey hereje. ¡Cómo se ve allí la emoción ardiente y al propio tiempo la voluntad fría é incontrastable de sufrirlo todo antes que aceptar aquel monarca! Lo que había pasado en París á la primera noticia de la muerte del rey se renovó por toda la Francia.„ En lugar de las aclamaciones y del grito de *viva el rey*, acostumbrados en tales ocasiones, veíase á los unos calarse los sombreros ó arrojarlos por tierra, á los otros cerrar los puños, tocarse las manos entre sí, no queriendo por ningún título un rey hugonote y haciendo votos y promesas, cuya conclusión era la siguiente: "¡morir primero de mil muertes!„

Entonces comenzaron aquellas preces públicas, aquellas peregrinaciones solemnes, aquellas procesiones demasiado ruidosas, si se quiere, pero tan expresivas y, por parte del pueblo, tan sinceras; todas aquellas manifestaciones, en suma, que mejor que la Liga, hicieron comprender á Enrique IV la verdad de la frase del moribundo Enrique III: "*¡Primo mío, vos no seréis nunca rey de Francia si no os hacéis católico!*„ Se ha puesto en duda la sinceridad de la conversión de Enrique IV; pero aun cuando fuese cierto, lo que no creo, que hubiera cedido á miras humanas al dar aquel importante paso, ¿qué mejor prueba se quiere de la profundidad é invencible fuerza de la corriente religiosa que cruzaba por la Francia en aquél entonces?

Así, cuando después de veintidós años de disfrutar de los beneficios del más regenerador de todos los reinados, la Francia que había tenido la inesperada fortuna

de hallar un hombre tan grande en medio de tan terrible tempestad, le vió caer bajo el puñal implacable de los partidos, lanzó un nuevo grito de angustia, y por segunda vez sintió que iba á descender al abismo, y que no había ya esperanza sino en Dios. Pasiones apenas adormecidas y ningún dique para contenerlas; partidos tan irreconciliables que la mano de Richelieu pudo apenas contenerlos, y tan poco franceses que estaban siempre dispuestos á llamar al extranjero en su ayuda; la poderosa casa de Austria envolviendo á la Francia en un círculo de hierro y amenazando á la vez todas nuestras fronteras; y cuando después de una minoridad tempestuosa, Luis XIII llegó, por fin, á ser hombre, celebró por uno de esos golpes en que se reveló el genio de Richelieu, un matrimonio brillante pero estéril con Ana de Austria; en el que no había hijos, esto es, en el que no había porvenir; la Francia se preguntaba con espanto ¿una vez muerto aquel monarca, á qué manos iría á parar el reino cristianísimo? Las plegarias comenzaron de nuevo; viéronse nuevas peregrinaciones. El rey y la reina pidieron á los más altos personajes, á la venerable madre de Chantal, á la beata María de la Encarnación, á Sor Margarita del Santísimo Sacramento de Beaune, á M. Olier, cura de San Sulpicio, y á otros muchos que rogasen á Dios enviara un heredero á la casa de San Luis. Y, en fin, como las plegarias individuales no fuesen bastantes á conjurar tan grandes peligros, el rey Luis XIII bajó de su trono, fuese á Nuestra Señora y allí consagró solemnemente su persona y su reino á la Santísima Virgen. La Francia entera se unió con entusiasmo á esta consagración.

Los contemporáneos nos han dejado largos y curio-

sos detalles acerca de aquel acto solemne, que la pintura y el grabado han representado de mil maneras. Peró lo más importante que hay que notar en esto es su prodigioso resultado. El mismo año en que la Francia fué consagrada á María (1637), nació el niño que debía llamarse Luis XIV, y presidir durante setenta y dos años á la época más maravillosa de nuestra historia. Seis años después, en 1643, un joven capitán de veinte y dos años recibía en un campo de batalla, como en otro tiempo Clovis, una de esas repentinas iluminaciones que cambian la faz del mundo. Rocroy, realizando por fin el sueño tan pacientemente perseguido por Enrique IV, Luis XIII y Richelieu, arrancaba al Austria la preponderancia europea y la transfería á la Francia. Veíase al propio tiempo levantarse ó acabar de formarse un coro de genios: grandes hombres de Estado y grandes hombres de guerra, oradores, poetas, prosadores de primer orden, uno solo de los cuales bastaría para la gloria de una época, y en un número tal y en variedad tan rica, que ninguna nación, ni la misma Grecia en sus más bellos días, ofrece nada comparable.

En ese siglo XVI, poderoso, pero tan agitado, tan turbado, devorado por pasiones tan detestables, en que tanto la unidad como la grandeza nacionales, eran puestas en cuestión á cada hora, sucede aquella tranquila y magnífica época que hizo de la Francia la envidia y admiración del mundo; en que hablaba Bossuet, en que pensaba Pascal, en que escribía Fenelón, en que cantaban Corneille y Racine, en que sonreía Lafontaine. Cada año veía aparecer una obra maestra; y la Francia entusiasmada, yendo de sorpresa en sorpresa, se daba á sí misma y daba al mundo el espectáculo del mayor

desarrollo intelectual, moral y religioso que la tierra haya visto hasta hoy. He aquí el resultado del voto de Luis XIII: la sonrisa de la Madre de Dios á un pueblo que acababa de consagrársele.

Pero ni aun los dones más raros comunican á un pueblo la energía que se necesita para rechazar los últimos restos del veneno, ni la vigilancia para hallarse apercibido contra los nuevos embates del error. Mientras que la Europa contemplaba estupefacta aquella nación que había caído tan lastimosamente, agitada por tan terribles convulsiones, después levantada tan presto y hecha tan grande, viósela, por los años de 1675, inclinarse visiblemente y en los años posteriores palidecer poco á poco y perder su serenidad. A semejanza de aquel patriarca que, después de haber luchado toda la noche con el ángel, salió á la mañana victorioso, pero lastimado, así, en esa espantosa lucha con el protestantismo, la Francia se había levantado herida.

Sin duda esos violentos ataques del protestantismo contra el Pontificado, esas calumnias tan manifiestas, esas caricaturas odiosas le inspiraban horror. Sin embargo, quedóle de esto una impresión deplorable. Quizá no todo era falso en aquellas acusaciones. Nació la desconfianza, y en lugar de ir á refugiarse en torno de la Santa Sede, insultada, ultrajada, púsose en guardia contra ella. En vano Fenelón, que adivinaba el peligro, escribió su tratado del *Poder del Papa,* y para recordar á la Francia su gran misión y su verdadero papel en el mundo, compuso su *Historia de Carlomagno;* en vano Bossuet se levantó con toda su majestad en medio de aquella asamblea tan agitada de 1682, reunida para dictar leyes al Pontificado, é hizo allí oir los más her-

mosos acentos de fidelidad y de adhesión á la Cátedra de San Pedro.

Ya en aquel mismo discurso, no se trataba del Soberano Pontífice; no se hablaba sino de la Santa Sede, de la cátedra de San Pedro, de la Iglesia romana. Primera y bien clara señal de enfriamiento á los ojos de todo el que conoce la naturaleza y el carácter de la Francia. Otros pueden obedecer por deber y dejarse gobernar por abstracciones; ella, nunca. Ella tiene necesidad de ser gobernada por una persona, y amar al que la gobierna; de otra suerte, no obedece.

Al menos habría sido preciso ocultar aquellas desconfianzas en la sombra del Santuario, esperar del tiempo ó de alguna explicación legal la solución de aquellas malas inteligencias. Pero no: los parlamentos se apoderaron del asunto; la vanidad nacional tomó en ello parte y presentóse un espectáculo extraño; un pueblo, el más católico del mundo; reyes que se llamaban hijos primogénitos de la Iglesia, y que en el fondo lo eran; magistrados seria y profundamente cristianos; obispos, sacerdotes adheridos del fondo de las entrañas á la unidad católica, y ocupados empero unos y otros en parapetarse contra el Jefe de la Iglesia, en cavar fosos y levantar murallas para que su palabra no pudiese llegar á los fieles antes de ser examinada, palpada y reconocida por láicos de que no era ni falsa, ni hostil, ni peligrosa.

¡Líbreme Dios de decir mal de la antigua Iglesia de Francia! No he olvidado que un siglo antes todos los obispos de Inglaterra han apostatado á instancias de Enrique VIII, en tanto que en 1793, aun después de las trabas del siglo XVIII, los obispos y sacerdotes franceses

han subido al cadalso ó han tomado el camino del destierro, más bien que separarse de la unidad católica. Pero no es menos cierto que entonces la Iglesia de Francia no estaba tan tiernamente unida al Papa. Ese gran sol de la Iglesia, como lo llama San Francisco de Sales, encontraba todavía muchos obstáculos para bañarla con sus rayos. Resultaba de aquí una diminución de calor, de savia, de fecundidad y de vida. Fué la primera herida que nos causó el protestantismo. La Iglesia de Francia estuvo desangrándose por espacio de dos siglos.

Pero hubo al mismo tiempo otra herida más peligrosa quizá. No se habían oído con menos horror las blasfemias todas de los protestantes contra la Sagrada Eucaristía. ¿No había, sin embargo, algo de cierto en lo que decían los reformados? ¿No era la conducta ligera, irrespetuosa de los católicos ante la Sagrada Eucaristía la que había autorizado tales blasfemia? ¿No valía más abstenerse, alejarse, usar de ella en lo adelante con más reserva? En vano Fenelón, que tuvo todas las intuiciones, escribió su famosa carta sobre la *Frecuente Comunión*. En vano Bossuet vació, por decirlo así, su grande alma en esas admirables meditaciones sobre el *Discurso después de la Cena*. Nada se consiguió. Y el libro de Arnoldo sobre la *Frecuente Comunión*, ó mejor dicho, *contra ella*, obtuvo todos los votos y comenzó á dirigir las conciencias.

Sin duda que se rechazaba con espanto el *predestinianismo* ciego de los protestantes. Pero bajo el pretexto de obrar contra la laxitud de las costumbres católicas, se desesperaba á las almas. Massillón, sin quererlo, levantaba la cruzada contra la misericordia de